

## DISCURSO DE CONTESTACION

Dignísimas Autoridades, Señores Académicos, Señoras y Señores:

Es de protocolo que un Académico conteste al Discurso del Re-  
cipiendario, y me ha cabido el honor de ser designado para ello.  
Nunca un hombre tan poco protocolario como yo, ha dado cumpli-  
miento a un protocolo con mayor satisfacción que lo hago yo en  
este momento. Ambos somos médicos, hemos trabajado juntos en  
el Hospital cuando de estudiante en vacaciones, Rafael Sancho con  
otros, llevados de su gran vocación, acudían a mi Servicio a com-  
pletar con práctica clínica lo que teóricamente habían estudiado en  
la Universidad. Y, desde entonces, admiro en él su rigor científico,  
su clara inteligencia y su laboriosidad unido a su sencillez y modes-  
tia. He sido discípulo de su padre don José Sancho, catedrático en-  
tonces de Agricultura, que, dándonos ejemplo de lo que un catedrá-  
tico puede hacer a pesar de lo absurdo de un plan de estudios, co-  
mo quien no quiere la cosa, con gran sencillez y amenidad, nos hizo  
tener ideas claras de lo fundamental de la asignatura, fisiología ve-  
getal, química del suelo, abonos, fundamentos de las labores agríco-  
las, todo ello aprendido junto a él tan sin esfuerzo, que, pensando  
que no sabíamos nada, no nos hemos dado cuenta de lo que le de-  
bíamos, hasta que la vida nos demostró que sabíamos más de lo que  
pensábamos. Fui también discípulo de su abuelo don Teodoro de  
San Román, durante los cuatro primeros años de bachillerato en  
sus asignaturas de Geografía e Historia de España y Universal; de  
él hicimos una pequeña semblanza, no la que merece, en nuestro  
Discurso de Ingreso en esta Academia, y a él se ha referido su nieto  
—nadie con mejores títulos—, por lo que nada más decimos de él,  
sino que le debemos nuestra afición a la historia y ninguna alabanza  
mayor para un maestro que el reconocimiento por el discípulo de la  
impronta dejada en su espíritu por él. Conocí y traté a su tío don  
Francisco de Borja de San Román, aunque a la respetable distancia

que marcaban entonces las diferencias de edad; figura señera de esta Academia, a la que tanto debe Toledo, y a la que tan poco se lo ha demostrado.

Como dice Rafael Sancho en su Discurso, ha habido siempre, salvo pequeños lapsos, un médico en esta Academia. Primero, entre los fundadores el Licenciado Juan Moraleda y Esteban, como a él le gustaba llamarse; luego yo, que todavía no sé por qué fui llamado a ella, pues, sólo la amistad que la mayor parte de sus miembros me profesaban, pueden justificarla; y ahora ingresa él, perteneciente a la generación siguiente, como yo pertenezco a la posterior a Moraleda; veo pues, en Rafael Sancho a mi sustituto, y ¿a quién puedo yo hacer entrega de la antorcha con mayor satisfacción que a él, al que considero el mejor de su generación? Disconforme con la masificación de la Facultad de Madrid, se va a estudiar a Salamanca, donde cursa sus estudios con gran brillantez; se licencia con Sobresaliente en 1958, cursa el doctorado y obtiene en 1960 el título con su tesis sobre "La obra psiquiátrica de Giné y Partagás", calificada con sobresaliente "cum laude"; es Profesor Adjunto de Psiquiatría el curso 58-59, Profesor Adjunto de Historia de la Medicina los cursos 59-60, 60-61 y 61-62; tiene los Títulos de Especialista en Neurología y Psiquiatría, es Socio Fundador de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, Miembro de la Asociación de Médicos Escritores y Artistas, Premio Blanco Soler en 1959 por su trabajo "La Medicina y los Médicos en la obra de Tirso de Molina" y Premio Francisco de la Reyna 1961 por su "Estudio crítico de la obra de Francisco de la Reyna". Estos son, en resumen, los méritos oficiales del que hoy recibimos en esta Academia; a los cuales, entre otros muchos, podríamos añadir, el fundamental, a mi parecer: el prestigio adquirido en el ejercicio de su profesión el tiempo que lleva haciéndolo en Toledo, reflejado en la atmósfera de respeto y admiración que le rodea, y digo que es el fundamental porque es plebiscitario; no se discierne por un tribunal en el que se puede contar con mayoría de amigos; es algo que se va ganando día a día, en la calle, donde se encuentra siempre el prestigio del médico, alabado por unos, denigrado por otros, siempre sometido a discusión, siempre criticado; contraste de pareceres que son crisol en el que se funde el oro de la fama, a la larga siempre la que merecemos.

Hemos de dedicar unas pocas palabras, pocas para no ser pesados, a comentar su Discurso; todos habéis podido apreciar en él,

el honor que hace a su estirpe de catedráticos e investigadores; una visión de conjunto, magníficamente conseguida, de toda la historia de la medicina en Toledo, acompañada de un programa de investigación, en que nos muestra su gran preparación y posibilidad de conseguir resultados notables. Muchas veces hemos hablado de ello, de la necesidad de hacer la verdadera historia de la medicina, que yo no concibo como la enumeración aburrida de una colección de señores desde Hipócrates hasta nuestros días, con muy poco de la aportación al saber médico de cada uno, sino como la historia de la evolución del pensamiento médico a través de todos los tiempos, pues si la naturaleza no hace saltos, el pensamiento humano tampoco; de vez en cuando aparece algo que lo parece, pero, bien estudiado, siempre se encuentra algún antecedente que nos explica la preparación intelectual para lo que nos parecía salto y no es más que la escalada de una pendiente más o menos suave. Cuando en el siglo XVII Leeuwenhoek empieza a aplicar el microscopio para escudriñar la sangre, lo mismo que el semen o que el agua donde se han podrido unas verduras, etc., y describirnos lo que ve, pone los cimientos de la bacteriología, que después se desarrolla explosivamente en el XIX bajo Pasteur, Koch y todos sus seguidores, que al mismo tiempo, enlaza con la doctrina de los miasmas; ellos comprueban que las epidemias son debidas a esos seres microscópicos, nos los identifican, nos enseñan a cultivarlos, pero su existencia había sido ya intuida, tanto como su naturaleza de seres vivos, Fracastoro nos habla de virus y de gérmenes o "semillas" y, refiriéndose a la tisis, discurre que lo ideal sería atacarlos en el pulmón, pero como allí no puede llegarse con el cáustico, único medio eficaz que conocía, se tiene que conformar con hacerlo en otros órganos. La noción del contagio se tenía ya mucho antes; en las grandes epidemias, de peste, del XIV, aparece ya claramente expuesto, así como medidas profilácticas, algunas acertadas. En fin, hemos de cortar por no hacer pesada esta digresión, y por creer queda suficientemente claro nuestro propósito, al considerar la evolución del pensamiento médico como una línea continua en la que aparecen de vez en cuando bifurcaciones o nuevas rutas abiertas por aplicación de nuevos medios a la observación (el microscopio, los rayos X, las técnicas químicas, etc.), sólo que confirman, a veces, lo intuido con anterioridad, y otras dan lugar a nuevas teorías. Este estudio es apasionante, y a él me hubiera gustado dedicar la mayor parte de

mi actividad; ver la medicina desde el mago prehistórico, conservado aún en las tribus salvajes, hasta Freud y la actual psicósomática; desde el templo de Esculapio hasta nuestros actuales hospitales; pero, como las circunstancias son muy frecuentemente más importantes que yo, me dediqué a ver enfermos, y preso de ellos, sólo dispuse de escasísimo tiempo para, haciendo una escapada al terreno de mis aficiones, leer y curiosear en lo que he tenido a mi alcance; y una de las cosas principales fueron los hospitales de Toledo, a los que se ha referido el Dr. Sancho.

No voy a repetir aquí lo que ya tenemos dicho. Solamente me gustaría que el Dr. Sancho aportara su valiosa colaboración para tratar de aclarar la incógnita de la fundación del Hospital del Rey. Me encuentro sentimentalmente ligado a esta institución, por haber sido mi padre médico de ella durante muchos años, haber entrado en él de niño tantas veces acompañándole, y llevar yo, también muchos años, siendo su jefe facultativo. Ningún historiador de Toledo da noticia de su fundación; se limitan a dar el dato de que en tiempo de don Enrique el de las Mercedes, era ya muy antiguo; el documento más antiguo existente en la casa, es una Copia de las Ordenanzas que se conservan o se conservaban en 1611 en el Archivo de Simancas, Ordenanzas que se hicieron el 19 de julio de 1416, en las que no se hace referencia a la fundación, y son pedidas por haberlas perdido la Cofradía y para poder argüir contra el Rey en litigio de competencia sobre nombramientos. Si en 1416 ya no se hace referencia a la fundación, es que seguramente quedaba de tiempo muy atrás; si no, no faltaría quien supiese algo de ella, y hubieran hecho una introducción histórica a dichas Ordenanzas, como es de costumbre. Leyendo un día el libro de la Santa Caridad, esta Cofradía cuya actividad creo queda hoy reducida a desfilarse en la procesión del Corpus, entre el Clero, —tienen ese privilegio celosamente defendido por cuatro toledanos viejos— con su Cruz y sus ciriales verdes, portados por hombres vestidos y calzados del mismo color, y llevando los cofrades velas también verdes, vi que la fundación de la cofradía se atribuía a Alfonso VI, siendo el motivo procurar asistencia a enfermos y heridos que estaban abandonados por las calles con motivo del asedio, y pienso desde entonces; para atender a tales heridos y enfermos, necesitarían, en primer lugar, alguna casa en que cobijarlos; ¿no sería éste el origen del Hospital del Rey? ¿no se bifurcaría después la cofradía, quedando una parte

para la asistencia del hospital, y la otra seguiría con la asistencia a los ajusticiados y demás obras de caridad que practicaban? ¿Sería de interés buscar por este camino? Pues, si se encontrase una comprobación, tendríamos que el Hospital del Rey sería de los más antiguos, o quizá el más. Esto, siempre que el origen que se atribuye a la Santa Caridad, no fuese producto de la imaginación de alguno de sus miembros para achicar a su competidora del Cristo de la Sangre; esta sí, al parecer, con más rigor histórico comprobado, fue fundada por Sancho IV el Bravo, según el libro y todos los documentos que pude ver hace 50 años cuando mi padre fue Secretario de tal Cofradía, libro y documentos que hoy no sé donde paran, y que posiblemente desaparecieran durante la guerra, aunque cuando yo los conocí, no se guardaban en la casa de Zocodover, sino en la del Secretario.

Como yo sigo preso de los enfermos, y cuando pueda recuperar la libertad, ya es probable no me quede capacidad de entusiasarme para nada de esto, al pasarte la antorcha y yo retirarme, te pido, amigo Sancho, que hagas lo que yo no pude hacer; así se continuará la escalada de la pendiente, y quiera Dios seas tú el que alcance la cumbre en esta pequeña parcela del saber médico.

ALFONSO LÓPEZ-FANDO RODRÍGUEZ